

El pescador ciego

El barco de cada uno está en su propio pecho.

Refrán macua

Vivimos lejos de nosotros, en distante fingimiento. Nos desaparecemos. ¿Por qué nos preferimos en esa oscuridad interior? Tal vez porque lo oscuro junta las cosas, cose los hilos de lo disperso. En el cobijo de la noche, lo imposible gana la suposición de lo visible. En esa ilusión descansan nuestros fantasmas.

Escribo todo esto incluso antes de empezar. Escritura de agua de quien no quiere recuerdos, el definitivo destino de la tinta. Todo por Maneca Mazembe, el pescador ciego. El caso fue que él se vació ambos ojos, dos pozos bebidos por el sol. Cómo perdió la vista es cosa de no creer. Existen esas historias que, cuanto más se cuentan, menos se conocen. Muchas voces, al final, sólo producen silencio.

Sucedió un día de pesca: Mazembe se perdió en el sinfín. La tempestad había asustado al pequeño *concho* y el pescador se ilimitó, desnortado. Pasaron las horas, llamadas por el tiempo. Sin red ni reservas, Mazembe tuvo fe en la espera. Pero el hambre comenzó a anidar en su barriga. Decidió lanzar el hilo, ya sin esperanza: el anzuelo carecía de cebo. Y nadie conoce un pez que se suicide por gusto, mordiendo un anzuelo vacío.

Durante las noches, el frío se encaprichaba. Maneca Mazembe se cubría a sí mismo. No existe

mejor cobijo que el cuerpo, pensaba. ¿O acaso los bebés, dentro del vientre, sufren de frío?

La semana transcurrió, llena de días. El barco se mantenía, sobremarino. El pescador resistía, sobrevivo. Cuando le daba hambre, se palpaba las costillas en la moldura del cuerpo:

—Ya no me aparezco siquiera.

Así son las cosas: el juicio adelgaza más rápido que el cuerpo. Con esa delgadez creció la decisión de Maneca. Sacó el cuchillo y retuvo el gesto con firmeza. Se arrancó el izquierdo. Dejó el otro para los restantes servicios. Y clavó el ojo en el anzuelo. Era ya un órgano extraño, desenterrado. Pero se estremeció al contemplarlo. Parecía que aquel ojo desamparado lo seguía mirando, con pesarosa soledad de huérfano. Y así aquel anzuelo, entrando en su ajena carne, le dolió más que la herida de cualquier agujón.

Arrojó el hilo y esperó. Adivinaba ahora el tamaño de un pez, ahogándose en el aire. Sí, porque no todos los días un pez puede morder un manjar semejante. Y se rió de sus propias palabras.

El pez, al cabo de muchos «vaya vaya», llegó, gordo y plateado. Pero ¿cuándo se ha visto un pez delgadito? Nunca. El mar es generoso, más que la tierra.

Así pensaba Mazembe mientras se vengaba de los ayunos. Asó el pescado en pleno barco. Cuidado, un día arderá el *concho*, contigo adentro. Era la advertencia de Salima, su esposa. Ahora, con el estómago colmado, sonreía. Salima, ¿qué sabía Salima? Delgaducha, su delicadeza era la de los juncos sumisos, incluso bajo una suave brisa. No se sabía qué fuerzas sacaba de sí misma cuando alzaba muy

alto el palo del pilón. Y con el arrullo de Salima, Maneca se enterneció hasta dormirse.

Pero no se mide el árbol por el tamaño de la sombra. El hambre, pertinaz, regresó. Mazembe quería remar y no podía. Ya ninguna fuerza le respondía. Se decidió, entonces: se arrancararía el derecho. Así, de nuevo, practicó la cirugía. La oscuridad envolvió al pescador. Mazembe, biciego, sólo a sus dedos confiaba la visión. Volvió a lanzar el hilo al mar. No dudó al sentir el estirón, anunciando el pez más grande que jamás había pescado.

En el transitorio alivio del hambre, sus brazos recobraron fuerzas. Su alma había regresado del mar. Remó, remó, remó. Hasta que el barco chocó, lo oscuro al encuentro de lo oscuro. Por el modo del mar, entre murmullos de olas infantiles, intuyó que había llegado a una playa. Se levantó y gritó pidiendo ayuda. Esperó varios silencios. Por fin, oyó voces, gente que llegaba. Se sorprendió: aquellas voces le eran familiares, las mismas de su propia aldea. ¿Tal vez sus brazos habían reconocido el camino de regreso sin ayuda de los ojos? Lo recogieron muchas manos que lo ayudaron a bajar.

Había llantos, sobresaltos. Todos lo querían ver, nadie lo quería mirar. Su llegada esparcía alegrías, su aspecto sembraba horrores. Mazembe había regresado despojado de aquello que nos constituye: los ojos, ventanas donde se nos enciende el alma.

Desde entonces, Maneca Mazembe jamás se hizo a la mar. No porque quisiese hundirse en aquel exilio, despojado del mar. Él insistía: sus brazos

habían probado conocer los atajos del agua. Pero nadie lo autorizaba. Su mujer se negaba muy mucho a entregarle los remos.

—Tengo que ir, Salima. ¿Qué vamos a comer?

—Más vale pobre que viuda.

Ella lo tranquilizó, habría de recoger almejas, cohombros, conchas de comer y vender. Así entretendrían la miseria.

—También yo puedo pescar, Maneca, en el barco...

—Nunca, mujer. Nunca.

Mazembe se enfureció: que nunca más se le ocurriese mentar esa idea. Era ciego pero no había perdido su estatuto de macho.

Pasó el tiempo. En las largas mañanas, el ciego se pertrechaba de sol. En el oleaje, sus sueños imaginaban. Hasta que, cada mediodía, su hija lo atraía hacia la caricia de una sombra. Ahí le servían comida. Sólo sus hijos podían hacerlo. Porque el pescador se había entregado a una única guerra: esquivar los cuidados de Salima, su dedicada esposa. Aceptar su amparo era, para Mazembe, la más dolorosa rebajeza. Salima le ofrecía ternura, él la rehusaba. Ella lo llamaba, él le respondía con un rezongo.

Pero, al ahondarse el tiempo, el hambre se hizo fuerte. Salima se arrastraba, más puntual que las mareas, recogiendo cáscaras de miseria, demasiada concha y poco de comer.

Salima entonces le anunció a su marido: por mucho que le costase, embarcaría al día siguiente.

Iría a pescar, su cuerpo escondía poderes que él ignoraba. Mazembe se negó, desesperado. ¡Nunca! ¿Cuándo se ha visto a una mujer que pesque, dirigiendo un barco? ¿Qué dirían los otros pescadores?

—Aunque tenga que amarrarte a mi pie, Salima. Tú no vas al mar.

Dicho esto, gritó llamando a sus hijos. Bajó camino de la playa. Toda su flacura se hacía tensa en el arco del cuerpo. La marea estaba baja y la embarcación se había tumbado con la barriga en la arena, perezosa.

—Vamos, chicos. Vamos a arrastrar este barco hasta arriba.

Él y sus hijos empujaron el barco hasta lo alto de las dunas. Lo llevaron a donde nunca llegaban las olas. Mazembe sacudía las manos, riñendo a su mujer.

—Tú, Salima, no me provoques.

Y, volviéndose hacia el barco, dictaminó:

—Ahora vas a ser casa.

Desde entonces, Maneca Mazembe vivió en el barco, marinoterrestre. Él, junto con la embarcación, parecía una tortuga patas arriba, incapaz de regresar al mar. Y, en esa soledad extensa, Mazembe se echó al abandono.

Hasta una mañana incierta. Salima se acercó al barco, se quedó contemplando a su marido. Su estado era de total desaliño, con cara de muchas barbas. La mujer se sentó, acomodó en sus brazos una olla de arroz. Dijo:

—Maneca, hace mucho tiempo que no me pegas.

Quién sabe, conjeturó ella, si la amargura del hombre no se debía a la abstinencia. Tal vez precisaba sentir sus lágrimas, exclusivo propietario de sus sufrimientos.

—Mazembe, puedes pegarme. Yo te ayudo: me quedo quietecita, sin moverme para nada.

El pescador, silencioso, recorría los atajos del alma. Conocía las tretas de las mujeres. Por eso cambió de tema:

—Ni sé qué hora es. Ahora nunca sé.

Salima insistía, casi suplicante. Que le pegara. El hombre, al cabo de mucho tiempo, se incorporó. Tropezó con el cuerpo de ella, le sujetó el brazo, en lazo acusador. Salima esperó la conyugal violencia. La mano de él bajó pero fue para coger la olla. Con un movimiento brusco arrojó por tierra el alimento.

—Nunca más me traigas comida. No necesito nada tuyo. Nunca más.

La mujer se sentó entre el arroz y la arena, el mundo deshecho en granos. Miró a su marido que regresaba al barco y vio cómo se emparentaban el hombre y la cosa: éste, carente de luz; aquél, añorante de las olas. Cuando ya se iba, Salima se detuvo al oír que la llamaba.

—Mujer, te pido que me traigas fuego.

Ella se estremeció. ¿Para qué el fuego? Un hondo presentimiento la hizo negarse. Llorando, obedeció. Le acercó un leño ardiendo.

—No lo hagas, Maneca.

El ciego sujetó la antorcha como si fuera una espada. Después, prendió fuego al barco. Salima gritaba, alrededor de las llamas, como si éstas ardiesen dentro de sí. Aquella locura de él era una inci-

tación a la desgracia. Por eso, ella le sacudió la vieja camisa para que él escuchase su decisión de partir, de llevarse a sus hijos para nunca más volver. Y la mujer se fue, sin dejar siquiera que sus hijos se despidieran de su viejo padre, en estado de hechizo, que maldecía sus vidas.

El pescador se quedó solo, parecía que el arenal se había vuelto aún más inmenso. En su ínfimo contorno él se dejó anochecer, palpando en los dedos el sabor de las cenizas. Tantear los restos le daba un sentido de grandeza. Al menos que le cupiese deshacer, destruir todo lo que le estaba prohibido.

Los días se sucedieron sin que Maneca lo notase. Cierta noche, no obstante, se confirmó el presagio de Salima: aquel fuego había volado demasiado alto, y los espíritus estaban molestos. Porque, en la copa de los cocoteros, el viento se puso a aullar. Mazembe se acongojó, el suelo mismo tuvo escalofríos. Súbitamente, el cielo se rasgó y gruesas piedras de hielo cayeron por toda la playa. El pescador corría en el vacío en busca de refugio. El granizo, implacable, lo castigaba. Maneca no encontraba explicación. Nunca antes se había enfrentado a tales fenómenos. La tierra subió hasta el cielo, pensó. Vuelto del revés, el mundo dejaba caer sus materiales. Con angustia de huérfano, el pescador ciego cayó de rodillas, con los brazos sobre su cabeza. Ni a sí mismo se oía, sólo se notaba que llamaba a Salima, entre sollozos suyos y gemidos de la tierra.

Fue cuando sintió la suave mano que le tocaba los hombros. Alzó el rostro: alguien le enjugaba la fiebre. Primero se resistió. Después se abandonó, aniniándose en regazo materno. Preguntó:

—¿Salima?

Silencio. ¿Quién era aquella silueta tan llena de ternura? Sin duda era Salima, aquel cuerpo de mujer, esbelto y firme. Pero las manos de ésta semejaban más edad, con arrugas de numerosas tristezas.

Ella lo llevó a un refugio, tal vez su vieja cabaña. Sin embargo, el lugar parecía tener otro silencio, otra fragancia. Fuera, los vientos se fatigaban. La tempestad amainaba. Ahora las manos le lavaban el rostro, amansando la sal.

—No sé quién eres tú...

Un peine le ordenó los cabellos. En el arrullo, Maneca casi se durmió. Con un movimiento del hombro, le ayudó a que se pusiera una camisa, ropa planchada.

—Tú, seas quien seas tú, te pido: nunca uses tu voz. No quiero oír nunca tu palabra.

La identidad de aquella mujer, en el silencio, habría de perderse. Fuesen o no de Salima aquellas manos, fuese o no aquella su cabaña, en la ignorancia él habría de aceptarse. Además, él estaba al tanto de la habilidad de las mujeres para amansar a los hombres, convertirlos en niños, almas de insuficiente confianza.

Maneca fue así retomando el tiempo. Se dejaba llevar por el consuelo de aquella mujer anónima. Ella cumplía su petición, sin pronunciar jamás siquiera un suspiro.

Todas las tardes él se ausentaba camino del bosque. Cumplía una tarea clandestina, su única devoción. Hasta que una tarde, apareció frente a la compañera enmudecida y le dijo:

—Llévate esos remos. En la playa hay un barco que he hecho para que salgas de pesca.

Y prosiguió: que saliese, que asumiese el mando de aquel barco, que no se preocupara por él. Él se quedaría a la orilla del agua, dedicado a los despojos del mar.

—Ten en cuenta que ando buscando los ojos que perdí.

Desde entonces, todas las infalibles mañanas, se vio al pescador ciego vagabundeando por la playa, removiendo la espuma que el mar deletrea en la arena. Así, con pasos líquidos, él aparentaba buscar su rostro completo entre generaciones y generaciones de olas.